

¿EXISTE EL “SENTIDO COMÚN” DE UNA “IDENTIDAD COLECTIVA”?

APUNTES ACERCA DE NOCIONES AMBIGUAS Y APLICADAS A VILLA EL SALVADOR

Pascal Ferry *

Resumen

Asumiendo la hipótesis del rol positivo del sentimiento de pertenencia para la realización de acciones colectivas, el artículo se propone enfocar las afirmaciones referidas a la identidad, consideradas aquí como un factor que lo determina. El ejemplo que sirve para la demostración proviene de una investigación sobre Villa El Salvador, barriada periférica de Lima citada muy a menudo como referencia en cuanto a gestión municipal, asociaciones de vecinos, lucha contra la pobreza y el terrorismo. En efecto, la importancia poco común otorgada por algunos discursos (periodísticos, políticos, científicos) lleva el análisis hacia la dimensión simbólica que la geografía e historia no pueden explicar por sí solas. Posteriormente, se intenta demostrar lo que una estrategia de investigación apropiada puede esperar tomando en cuenta los contextos en los cuales está inserta. Se recurrirá al respecto a los planteamientos de la “etnología del contemporáneo”.

Palabras claves: *Acción colectiva, afirmaciones relativas a identidad, Villa El Salvador, estrategias de investigación, etnología del contemporáneo.*

PEUT-ON PARLER DE "SENS COMMUN" D'UNE "IDENTITÉ COLLECTIVE" ? QUELQUES RÉFLEXIONS AUTOUR DE NOTIONS AMBIGUËS APPLIQUÉES À VILLA EL SALVADOR

Résumé

Partant de l'hypothèse du rôle positif joué par le sentiment d'appartenance dans la mise en oeuvre d'actions collectives, l'article se propose de mettre en valeur les discours identitaires considérés ici comme un des facteurs pouvant le renfoncer. L'exemple qui sert de base à la démonstration est tiré d'une recherche sur Villa El Salvador, district populaire de la périphérie de Lima souvent cité en exemple dans de nombreux domaines (gestion municipale, associations de quartier, lutte contre la pauvreté et le terrorisme). En effet, l'importance peu commune accordée par certains discours (journalistiques, politiques, scientifiques) le prenant pour objet conduit l'analyse à se porter sur la dimension symbolique de ce territoire urbain que l'histoire et la géographie seules ne sauraient expliquer. On tente ensuite de montrer ce qu'une stratégie de recherche peut espérer de la prise en compte des contextes dans lesquels elle est effectuée suivant en cela les apports de l'ethnologie du contemporain.

Mots-clés : *Action collective, discours identitaires, Villa El Salvador, imagerie urbaine, stratégies de recherche, ethnologie du contemporain.*

* 13, rue des Fabriques, F-77000 Melun.

DOES A "COMMON SENSE" OF A "COLLECTIVE IDENTITY" EXIST?

VIEWS FROM VILLA EL SALVADOR

Abstract

Taking into account the hypothesis that the feeling of belonging to a place plays a positive role in collective actions, this article will lay stress on the affirmation of identity, considered here as one of the factors that determines in this sense. The example used here comes from research on Villa El Salvador, a popular and peripheral district of Lima, often used as an example in varied fields such as city planning, neighborhood associations, fight against poverty and terrorism. Indeed, the unusual importance given to Villa El Salvador in several types of discourse (journalistic, political, scientific) justifies a focus on the symbolic dimension of this urban territory, one not explicable either in terms of its history or geography. Subsequently we will demonstrate what an appropriate research strategy could expect by considering the context in which Villa El Salvador exists, following an approach known as the "ethnology of the contemporary world".

Key words: *Collective action, Assertive identity discourse, Villa El Salvador, Field research strategy, "Ethnology of the contemporary world".*

Cuando el investigador reflexiona sobre el "sentimiento de pertenencia" que experimentan los pobladores de un distrito de Lima, con el fin de examinar la relación de éste con la realización de las acciones colectivas que lo hicieron famoso, tiene la seguridad, por una parte, de contar con un marco ya muy reconocido, pero, por otra parte, corre el riesgo de recurrir a categorías de análisis próximas al sentido común –o en todo caso que no están en desacuerdo con él– y entre ellas la noción de "identidad local" merece una atención especial. El ejemplo que sirve como referencia es peruano y muy conocido, puesto que se trata de Villa El Salvador; de él obtendremos enseñanzas útiles, comparándolo con trabajos realizados en Francia y los Estados Unidos. Por otro lado, puede parecer paradójico el iniciar una investigación en una dirección tan "negativa" –en este caso: lo que no es la identidad local– pero la perspectiva de trabajar sobre un caso que ha sido el campo de estudio de tantos observadores exigía una puntualización rigurosa antes de pensar en tener un enfoque "nuevo" sobre el tema.

En la actualidad, este tema ocupa un lugar importante en la producción sociológica, puesto que se trata nada menos que de considerar desde una nueva perspectiva las múltiples acciones colectivas pasadas y presentes que nadie se atreve ya a calificar de movimientos sociales nuevos, y dar a esta reconsideración la siguiente dirección, tal como lo señaló recientemente Tanaka (1994: 242): "no es el dar cuenta de las dificultades de la acción colectiva, para lo cual se han realizado los mayores avances, sino más bien radica en cómo se superan y finalmente ésta se logra". Según el mismo autor, la perspectiva más apropiada para la realización de este programa sería la del individualismo metodológico, pero sólo podremos entrar en este debate de modo accidental en lo que expondremos a continuación.

Lo que claramente se plantea aquí es la necesidad de volverse hacia las condiciones que hicieron posible la acción colectiva tratada y, entre ellas, creemos que el rol del discurso o las afirmaciones relativas a la identidad son importantes, de acuerdo a la teoría de la "movilización de recursos", manejando esta especie particular representada por los "recursos inmateriales" que consolidan un grupo, vínculo que será decisivo en

la transición de “grupo latente” a “grupo activo” (1). Marcar al grupo con una diferencia, hacer de él portador de prácticas de solidaridad antiguas, es un tema recurrente en el conjunto de discursos de los cuales es objeto.

En efecto, se describe la experiencia en términos de singularidad, proyectando a menudo en la realidad las representaciones de los que hablan sobre la periferia urbana: unas veces encerrará todos los males de la ciudad (delincuencia, terrorismo, violencia) y otras veces, por el contrario, será el crisol de nuevas formas de sociabilidad (solidaridad, ayuda mutua comunitaria, democracia directa). Podríamos integrar estos dos discursos opuestos –aunque ambos fundados en representaciones parciales de la ciudad– en un *continuum* que va de la desestructuración al “protagonismo popular” (Tanaka *et al.*, 1991: 17-30) y que expresa de manera acertada las tendencias con frecuencia irreconciliables subyacentes en numerosos estudios, pero cuya historia queda por hacer. Tomado a menudo como ejemplo en las redes de esta falsa alternativa, Villa El Salvador constituye un buen caso paradigmático, ya que ahí se ven tanto las frecuentes movilizaciones (2), a las que se atribuyen las realizaciones que hicieron de Villa un ejemplo “aparte” (3), como la idea de un fuerte sentimiento de pertenencia que, de esta forma, señala la identidad local de la que hablamos antes. Los riesgos de tal análisis son múltiples si es que aceptamos estos dos elementos: desde el observador como actor sin saberlo, hasta el observador como intérprete, utilizando herramientas inadecuadas para su objeto. Los sesgos clásicos señalados por una larga tradición sociológica preocupada por el método encontrarán ahí un terreno particularmente fértil.

Vemos así en el estudio de la historia de Villa El Salvador, que el momento de la invasión y de las consecuencias favorables que siguieron, corresponde a:

a) La intensificación de la dualidad en los discursos académicos entre barriadas de la periferie y tugurios del casco urbano (4);

b) Un giro en las imágenes asociadas a las barriadas de la periferia limeña, lo que llamaremos “imagería positiva”. Estamos hablando de las redes metafóricas que atraviesan los discursos de la vida diaria, de los artículos de prensa, que terminan por imponerse como representación predominante y en los cuales la producción académica tiene un papel fundamental.

(1) En Francia, se está desarrollando esta perspectiva a partir de la sociología laboral (cf. Reynaud, J., 1989; Reynaud, E., 1982; Segrestin, 1980).

(2) La noción de movilización no parece *a priori* tan apremiante como la de acción colectiva, ya que no existe la obligación de distinguir la clase de bienes a conseguir; por otra parte, estas movilizaciones están distribuidas de forma desigual a lo largo de la historia de la barriada.

(3) Y parafraseando a Riofrío (1990: 136), podríamos añadir *dos veces* “aparte”: primero por ser una barriada, es decir un lugar donde se ubicarían poblaciones marginales de origen provinciano, cuyos patrones culturales serían *distintos* de aquellos de la sociedad global; y segundo, por ser un eje central de las movilizaciones populares.

(4) Aquí cabe mencionar el balance realizado por Panfichi (1994) que coloca a la producción peruana en perspectiva con la producción teórica del conjunto latinoamericano. Según él, se trata de una “tendencia persistente (...) que establece un dualismo subjetivo y determinista en la forma cómo los científicos sociales han explicado la conducta social y política de los pobres latinoamericanos”. Y “como consecuencia de ello se habría concentrado la investigación académica en el lado ‘positivo’ o ‘políticamente correcto’ de la contradicción” (1994: 85). Lo que apunta también -en forma inversa- el título de un texto de Susan Eckstein: “*Inner-city slum of hope and squatter settlement of despair*” (Eckstein, 1990; véase también su reflexión epistemológica previa contenida en Eckstein, 1979).

Brevemente mencionemos algunas fechas que marcaron la historia del distrito. En 1971 una invasión y su reubicación concedida por la autoridades del General Velasco dieron lugar a la creación del «pueblo joven» Villa El Salvador, decisión que permitió durante cierto tiempo canalizar el crecimiento de la ciudad al sur de Lima. Deja de ser parte del distrito de Villa María del Triunfo en 1983, después de una campaña activa, cuando se le atribuye las competencias de distrito municipal. Su primer alcalde Michel Azcueta retoma la experiencia de la Comunidad Urbana Autogestionaria (CUAVES), creada en 1973 que había hecho famosa la barriada. Al cruce de un militancia política reconocido y de una gestión local exitosa, la participación de sus responsables en múltiples encuentros permite la difusión de esa experiencia en el país y afuera a favor del nuevo afán por el desarrollo local. Los problemas son muy agudos en el distrito, donde residen desde los 90' más de 250,000 habitantes y las respuestas al terrorismo, así como las iniciativas para hacer de la zona un eje industrial central en el Cono Sur de Lima, han sido internacionalmente premiados en todo el mundo. De barriada de la periferia, Villa El Salvador conoció una consolidación tangible de su hábitat, aún favorecida por la poco común trama urbana inicial. El quinto mandato municipal, después de un sorpresivo período de confusión con la gestión de un alcalde ahora preso, empieza con los retos renovados de fines de los 90', atravesado por los fenómenos comunes al conjunto limeño: entre otros, la heterogeneidad de la población, los escasos financiamientos, las relaciones inestables con el gobierno central, la desafección por la política y el descrédito de los ediles. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, Villa El Salvador demostró su profunda inserción en la Lima Metropolitana de los 90' (5).

Sin ir más lejos sobre las circunstancias históricas particulares que explican parcialmente esta situación, debemos reconocer la proliferación de artículos, entrevistas y otras presentaciones sobre la “experiencia piloto” que constituye Villa El Salvador. Tomaremos como ejemplo simple de este “exceso” el hecho que ni su población (electoral, económicamente activa, total), ni las experiencias urbanas que se originaron allí, agotan por sí solas las razones de un tratamiento especial, en relación a Lima Metropolitana en su conjunto (6). Lo dicho anteriormente nos permite plantear la hipótesis de que Villa El Salvador es uno de esos lugares específicos, como son los “lugares de condensación”, definidos provisionalmente como “lugares contruídos e identificados por una sociedad que se da a conocer a través de ellos, que los utiliza para hablar de sí misma, contarse su propia historia y anclar sus valores” (Debarbieux, 1995).

Si nos referimos a las “organizaciones comunitarias” inspiradas en un pasado andino más o menos próximo, o a reagrupamientos de familias oriundas de la misma región, con el propósito de reactivar las “tradiciones antiguas”, el distrito municipal de Villa El Salvador ha proporcionado una importante cuota de ejemplos de estas estrategias de sobrevivencia, muy eficaces por ser colectivas, y a las que tanto periodistas como sociólogos, urbanistas e investigadores comprometidos o no hicieron

(5) Sobre la historia de Villa El Salvador, cabe mencionar aquí el reciente y muy acabado texto de Antonio Zapata Velasco (1996).

(6) Lo que conduce a Zapata a afirmar que “se ha generado un mito acerca de la solidez de la estructura social de este distrito” (Tovar & Zapata, 1990: 123). Y que autoriza los documentos de presentación a decir que Villa El Salvador es la “quinta ciudad del país” en términos de población jugando evidentemente y en forma unívoca con los términos de “ciudad” y “distrito”.

eco en forma amplia, inclusive más allá de las fronteras del Perú. A nivel de toda la región, nos encontrábamos entonces en los inicios de los 70', es decir en el momento de auge de esa “visión romántica de la realidad de la pobreza y la asignación de un destino mesiánico para los pobres que se expresaría en su irrupción en la política” (Feijóo, 1990: 28). Varios autores hicieron comentarios de semejante índole, adaptándolos al caso del Perú. Veamos lo que dice Aldo Panfichi:

“La mayor parte de los estudios enfatizan la naturaleza conflictiva de las sociedades capitalistas dependientes y proponen una interpretación políticamente motivada de los fenómenos sociales. De ella surge la imagen de los sectores urbanos populares, respondiendo a las cambiantes condiciones económicas y políticas con prácticas autónomas, reivindicativas y confrontacionales, dirigidas a lograr satisfacciones materiales y avances en su desarrollo político autónomo” (Panfichi, 1994: 101).

Y es así que, cambiando de época, las prácticas populares también habrían cambiado de rumbo, y descubrimos entonces que éstas cubrirían razgos eminentemente democratizadores, resultando difícil de interpretar según la misma lógica ciertos hechos e incluso llegando a la contradicción. Guillermo Rochabrún hace al respecto la siguiente observación:

“el caso es que la lenta labor de sedimentación de una cultura democrática en estos sectores a través de las prácticas de organización, debate, tolerancia, apoyo mutuo, etc., pareció derrumbarse súbitamente por el apoyo mostrado en las encuestas de opinión a una figura juzgada por los analistas como ‘dictatorial’: el Ing. Fujimori, sobre todo después de su pronunciamiento del 5 de Abril 1992” (Rochabrun, 1994: 212) (7).

Pero volviendo algunos años atrás, existía un ensalzamiento de lo que podríamos llamar una “retórica comunitaria”. Lo que nos permite destacar el hecho de que aquellos que quisieron dar cuenta de ello, conscientemente o no, han contribuido a producir la existencia de lo que supuestamente iban a examinar. Finalmente, esta observación no debe extrañarnos y el mismo autor sugería (Rochabrún, 1992: 105) al considerar los múltiples significados posibles del término pueblo: “mezcla (de) un conjunto de elementos diversos y dispersos cuya unidad es conferida solamente por el observador”, añadiendo en seguida: “Por tanto existe como una construcción de éste, o en su defecto como entidad objetiva pero pasiva. Si actúa se tratará entonces de la acción de ciertos grupos o clases a su interior”. De ello podemos deducir que una de las legítimas tareas asignadas a la sociología es la siguiente: examinar bajo qué condiciones cierto tipo de discurso referente a una entidad colectiva cualquiera se impone como necesario. En respaldo a este argumento, podríamos citar a Pierre Bourdieu cuando afirma: “cada vez que se dan como sujeto de una frase nombres colectivos como sociedad, familia, etc., sería preciso preguntarse si –tal como lo requeriría el riguroso uso de esta clase de conceptos– el grupo en cuestión constituye realmente una unidad, por lo menos en el aspecto directamente considerado y, en caso de una respuesta positiva, a través de qué medios se ha conseguido la unificación de las representaciones, de las prácticas e

(7) Parece que se ha formado un consenso sobre lo que se ha llamado el “(re)descubrimiento” de ciertas características del mundo popular, estas “débiles tesis *ad-hoc* sobre el autoritarismo” (Rochabrún, 1995: 644n).

intereses” (Bourdieu, 1972: 1114n). Estos requerimientos nos llevan a considerar como problemática la alternativa referida más arriba, es decir, como una variable que hay que explicar y no como un hecho social dado, y a tomar en cuenta—si es que no se toma como objeto de estudio—el trabajo de imposición del cual resulta y las posibles consecuencias sobre la investigación realizada.

Tal imposición equivale a plantear la existencia de un vínculo social singular subsumido en la idea de comunidad —en el sentido en que la proximidad geográfica remitiría a prácticas de ayuda mutua— y a pronunciarse anticipadamente acerca de esa relación positiva que uniría al grupo y a su espacio residencial: nos encontraríamos pues frente a un territorio, investido, por así decirlo, de una cultura (8). Por lo general esta posición pasa inadvertida ya que el observador no está obligado, en el momento de su estudio, a tomar en cuenta las implicancias de su producción (sociológicas y etnológicas), ni tampoco las relaciones sociales en las cuales se inscribe; si no se da los medios para analizar las lógicas de esta producción (Althabe, 1990; 1992) su discurso mismo viene a ser uno de los recursos utilizados para la producción de identidades colectivas. Volviendo a nuestro objeto, es preciso mencionar que este rol apunta en forma implícita a establecer una clasificación práctica —referente a “los” de Villa— y defenderemos la posición de Bourdieu cuando asevera que ellos están:

“siempre subordinados a funciones prácticas y orientados hacia la producción de efectos sociales; y también que las representaciones prácticas más expuestas a la crítica científica pueden contribuir a producir lo que aparentemente describen, es decir, la realidad objetiva a la cual la crítica objetivista los refiere a fin de que aparezcan las incoherencias” (Bourdieu, 1980: 65).

Y no puede ser de otra forma, como nos lo dice Jean-Marc Offner:

“Que existen territorios de producción y gestión de servicios, eso sí. Pero los gobiernos locales participan primero del sistema democrático. Por eso, necesitan —como los ‘lugares’ de los antropólogos— historia, identidad, símbolo, todas (las) cosas que los llamados procesos de racionalización o de modernización odian” (Offner, 1995: 29).

(8) Pero llegado a este punto de la argumentación, conviene hacer dos observaciones importantes:

- enfocar el rol de los discursos referente a una “identidad” cualquiera no quita la posibilidad de que ésta sea movilizadora; en otros términos, no hay una definición más aceptable o “natural” —menos construida— de lo que serían los rasgos de un grupo: más bien estamos frente a una concepción “situacional” (Degregori, 1993) que sólo nos permite en este caso entender algunas movilizaciones pasadas,

- la objeción referente a una exagerada atención a tales afirmaciones no toma en cuenta el carácter estratégico de todo lo concerniente a las identidades. En efecto y como lo plantea Giraud, se trata en estos casos de «definiciones (...) determinadas por aquello que está en juego socialmente y que está constituido por la reproducción o el trastocamiento de relaciones de dominación, siendo a la vez el producto y el soporte de luchas que se desenvuelven alrededor de lo que está en juego» (Giraud, 1987: 65). Análogamente, nos encontraríamos frente a la situación ya descrita por Julio Ortega en cuanto a *Lima la horrible* de Salazar Bondy y su tendencia a enfatizar el tema de la Arcadia colonial: “para destruir el mito parecería necesitar construirlo”(citado en Elmore, 1995: 298); un riesgo de este tipo estaríamos corriendo. Pero en todo caso, no se trata de “destruir” mito alguno sino de mostrar cómo este se construye y cómo funciona.

Es así como podría hacerse una analogía muy instructiva con los ejemplos originados por la política de regionalización francesa a principios de la década de los 80', que por primera vez otorgó poderes a las autoridades locales, en un país hasta entonces fuertemente centralizado (9). Además de una definición técnica, el marco de estas nuevas competencias deberá ser objeto de una definición simbólica (museos, publicaciones, organización de eventos emblemáticos). Por otro lado, parece que este trabajo de producción fue muy importante, más aún cuando la zonificación del territorio propuesta no era evidente, es decir, que estaba desprovista de un fundamento objetivo. Alrededor de las autoridades locales recién designadas, etnólogos y sociólogos serán llamados a su vez para reflexionar y trabajar sobre el pasado, y se tratará para ellos de poner de manifiesto una “identidad regional”: desde la recolección de objetos de un pasado en vías de extinción, hasta una verdadera invención de tradiciones. Consideremos que este fenómeno nace en un contexto de redefinición de la práctica de los etnólogos (práctica *a priori* ilegítima dentro de su propia sociedad); en la renovación de los estudios rurales y en los trabajos sobre los márgenes de la sociedad, dichos etnólogos han podido encontrar otros campos de investigación a su alcance. Los enfrentamientos para definir los criterios que permitirían demostrar la existencia de identidades colectivas –evidentes en las sociedades lejanas pero carentes “aquí”, por el contrario, del “fundamento étnico” que las señalaba– podían conducir a ocultar –en nombre de una concepción objetivista– el hecho de que se trataba ante todo de una “realidad que [por ser] en primer lugar representación, depende de manera tan profunda del conocimiento como del reconocimiento (Bourdieu, 1980: 63).

Otro ejemplo interesante de una trasposición de nociones etnológicas en la sociedad del investigador, en el nombre de un relativismo cultural simplificado: calificar de “creación cultural” una pieza de *rap*, o de chicha al igual que una cantata de Bach, creyendo respetar así el imperativo de neutralidad ética de la ciencia social es un error, porque en sociedades estratificadas esas prácticas y sus valores respectivos –y por supuesto los grupos que los practican– se definen siempre los unos en relación con los otros, se sitúan los unos frente a los otros. No se pueden ignorar (o hacer como si no existieran) las diferencias de valor según los grupos a los que se las atribuyen, y que hacen que cada “cultura” está objetivamente situada entre sí. Asimismo, parte de la definición de estas formas culturales se encuentran dadas por su confrontación con otras. No son “culturas” del mismo modo como lo son las culturas de sociedades distintas comparadas por el etnólogo: en este caso la relación entre culturas de sociedades distintas no existe sino en su discurso. En el otro, al contrario, el etnólogo hacía como si los valores existentes no formaran parte de su propio mundo cuando este valor sí existe y permite entender cómo se atribuye el significado de cada práctica (10).

Volviendo a la analogía de la descentralización, nos damos cuenta de que el tema de la barriada “piloto” o “modelo” fue ampliamente trabajado por los que fueron llamados para ser testigos de sus éxitos, enumerando en los mismos términos que los responsables (de la CUAVES y luego de los principales voceros) los principios que

(9) El ejemplo que usaremos ahora está desarrollado por Gérard Althabe (Althabe, 1990).

(10) Para una exposición completa, véase Bourdieu, 1986: 61-70.

contribuyeron a la fundación de la comunidad. Es así que cuando el discurso científico interviene para determinar los criterios “objetivos” que pueden fundamentar la acción simbólica de movilización, se coloca en una situación de “cómplice” o “crítico”, según consagre una “visión de las divisiones” o bien la sancione: en función de su autoridad toma su posición en el debate para producir la unidad real o la creencia en la unidad y la eficacia de ese discurso será proporcional a la autoridad que se le reconozca. Evidentemente, se plantea la cuestión del compromiso de los observadores, sabiendo que el distrito que nunca dejó de pasar por dificultades (infraestructuras deficientes o inexistentes, nuevas necesidades de equipos, etcétera) se encontraba por lo tanto en una posición de solicitante ante las autoridades nacionales o internacionales (cooperación, proyectos de desarrollo). Las consecuencias de esa estrategia de comunicación que alababa al distrito municipal número 42 de Lima y la fiabilidad de sus múltiples instituciones eran –y en gran medida lo siguen siendo– considerables. Cabe preguntarse, entonces, sobre el vínculo entre la publicación (que fue aumentando) de reportajes y entrevistas acerca de los “recursos” a disposición de los pobladores, en el sentido de que el sentimiento de pertenencia permitiría realizaciones eficaces, por un lado, y la concesión de toda clase de ayudas por parte de instancias nacionales e internacionales, por otro lado (11).

Esta capacidad para obtener de las instancias fondos destinados a la cooperación y al desarrollo dependería del nivel de audiencia de las tribunas implicadas y de su interés o, en otras palabras, de la disposición de los receptores de los mensajes a escuchar esa versión de lo que se convirtió en el mito de las comunidades que viven en los márgenes de la ciudad, mito que abarca principalmente dos secuencias en el caso de Villa El Salvador: un “barrio” popular homogéneo y una propensión sin igual a la movilización. La imagen difundida de tales “presentaciones” de la realidad de una “barriada extraordinaria” se encuentra en perfecta simbiosis con las estrategias de presentación del distrito más capaces de contribuir a su perennidad. Si bien ello parece evidente a nivel institucional, hay que señalar que a nivel de la práctica de las entrevistas deja el campo libre, en muchos casos, a las estrategias indígenas de embellecimiento y fantasía, y puede conducir al investigador a una interpretación de las categorías elaboradas en realidad por los mismos entrevistados. El recurso a las figuras emblemáticas –de una notoriedad que rebasó a veces ampliamente el marco local y sus posiciones de intermediarios obligados– es un factor que contribuye probablemente a la reificación de las categorías de esos “capitalistas de la memoria colectiva”, según la expresión de Yves Lequin.

Para comprender en qué juego está involucrado el observador, quedarían por definir los elementos que favorecen, en un momento dado y en un contexto particular, la elaboración de esa “imagería” en el sistema de representaciones de los barrios populares en el Perú; es decir, establecer cuáles son las relaciones de connivencia que existen entre las instituciones que deben escuchar esos mensajes y los que los producen. Se plantea aquí la cuestión de una lógica de circulación internacional de un mito

(11) En muchas oportunidades llegaron hasta Francia ecos de esta notoriedad –además muy merecida– en particular en un programa radial de *France Culture* en mayo de 1993, dedicado a este “fenómeno” y en el cual se escuchó que VES se convirtió en “vitrina” para algunas ONGs.

“folklórico” peruano, similar al que Loïc J. D. Wacquant (1994) cree haber descubierto a propósito de los *gangs* que proliferan en las ciudades norteamericanas y con los cuales las instituciones predominantes se conforman perfectamente (12). Bajo esta apelación Wacquant quiere señalar principalmente los mecanismos que conducen los medios de comunicación extranjeros (aunque parte del proceso ocurre también con los medios nacionales) a reproducir los lugares comunes referentes a los *gangs*, combinando varias ideas en sus reportajes: la supuesta exportación de los *gangs* de Los Angeles hacia ciudades del Midwest, la creencia bien enraizada según la cual la llamada “cultura de los *gangs*” acogería sobre todo a los adolescentes desorientados que provienen de familias inestables, o esa tendencia reciente —y que tiene mucho impacto sobre las ventas— a decir que ahora se extiende el fenómeno hacia los barrios más pudientes. No obstante, y es importante notarlo, en ningún momento se quiere negar la existencia de los *gangs* o la violencia del fenómeno: solo se trata de descartar algunas concepciones preconstruidas que inducen a cierto tipo de interpretación y, sobre todo, que se pueden articular perfectamente con las estrategias de los actores involucrados.

En el caso de los *gangs*, el trabajo desde adentro propuesto por Sánchez-Jankowski (1991) muestra bien de acuerdo a qué lógicas esto se da. Cuanto más violento y temible aparece el miembro entrevistado mejor: se gana así contratos de protección y otros tipo de “cachuelos” (no necesariamente ilícitos, aunque estos son más lucrativos) otorgados por empleadores locales; se puede evitar confrontaciones con *gangs* del barrio colindante, y de manera general se logra modelar la imagen pública del *gang*. Por otro lado, los intereses de los periodistas están dictados por lógicas de mercado (prueba de ello el gran rendimiento de la asociación violencia-sexo-inmoralidad con el toque exótico que le confiere la mirada alejada de clases dominantes sobre un mundo “subte”...) y que les impone por así decirlo unas fórmulas canónicas para tratar el tema. De tal manera que en los ejemplos mencionados por el autor la relación entrevistador-entrevistado descansa sobre intenciones contrarias pero no contradictorias. En cuanto a las autoridades políticas y/o judiciales el razonamiento de Sánchez-Jankowski puede presentarse de la siguiente forma. Su repliegue de las zonas urbanas más deprimidas desde hace más de dos décadas no les permite estar en condiciones mínimas para “erradicar” el problema y eso no obstante la imagen pública agresiva y antagónica que se complacen en desarrollar (de la misma manera que se pretende desde el tiempo de la administración Reagan haber declarado la “guerra a las drogas”); así, el balance que se nos propone está mucho más cerca de la figura de un escaso control de grupos realmente anclados en sus barrios, de dónde sacan además un apoyo real. Los numerosos ejemplos de estas connivencias estructurales observados durante un trabajo de 10 años y explicitados en la argumentación llevan al autor a concluir una cierta utilidad política de los *gangs*.

A modo de conclusión, Pierre Bourdieu proponía en 1993 un visión concisa de esta situación. Dice así:

“Los periodistas sumidos en los constreñimientos que hacen pesar sobre ellos las presiones o las censuras de los poderes internos y externos, y sobre todo la concurrencia, es decir la urgencia, que nunca favorece la

(12) Para una demostración convincente de estos complejos mecanismos de connivencia, cf. Sánchez-Jankowski, 1991 y Davis, 1990.

reflexión, proponen a menudo, sobre los problemas más candentes, descripciones y análisis apresurados y frecuentemente imprudentes; y el efecto que producen, en el universo intelectual como en el político, es muy pernicioso ya que están en medida de hacerse valer mutuamente y de controlar la circulación de los discursos concurrentes como los de la ciencia social” (Bourdieu, 1993: 941).

Ahora bien, lo que aquí nos interesaba residía en la importancia casi exclusiva de esas imágenes que “en la ausencia de otros análisis o informaciones de calidad terminan por ser el único prisma a través del cual la gente construye su comprensión de la realidad social” (Sánchez-Jankowski, 1991: 302). Añadiremos que también las políticas públicas llegan a descansar sobre este tipo de apreciaciones, criminalizando aún más a los pobres y sus territorios (al respecto y para el caso de Los Angeles, *cf.* Davis, 1990: cap. 5) y, como consecuencia de ello, el riesgo que representa el trabajo de “exotización” o de “orientalización” de una sociedad sobre parte de ella para un conocimiento social y por consecuencia de cualquier tipo de acción. El ejemplo norteamericano de los *gangs* es paradigmático de los objetos sobre los cuales la mirada reflexiva es difícil, pero veámos ahora cómo en otros campos ésta se vuelve imperiosa.

En el caso de la pobreza (urbana) la aparente sustitución a la cual recurre el sociólogo, al preferir el estudio de las representaciones en vez de tocar los mecanismos que conducen a esa situación de pobreza, es frecuentemente criticada. Es como si entre los dos «momentos» del análisis, es decir el momento objetivista –o estudio de las estructuras por así decirlo– y el momento subjetivista –él de las representaciones– la preferencia estuviera claramente marcada por el segundo. En efecto el argumento no carece de peso apuntando a la falta de proposiciones que se pueden hacer desde tal perspectiva, cuando la realidad llamaría a unos cambios concretos: más valdrían políticas de lucha contra la pobreza. Se trata de observar aquí que el objeto “pobreza” pasa por ser definido en sí, como uno de esos “problemas” que el mundo social reconoce como evidente. Lo que sostendremos es que el modo de designación de los pobres, lejos de ser indiferente, contribuye muy eficazmente a orientar actitudes y legitimar políticas que se van adoptando. Aceptando esta visión de los problemas sociales autogenerados, se descuida al papel de las respectivas tradiciones culturales e intelectuales que intervienen en la construcción de éstos.

Estudiar las condiciones de emergencia de nociones como la de marginalidad en América latina, exclusión en Francia y *underclass* en los Estados Unidos (13) tendría en esta perspectiva como interés, además de revelar lo ideológico que encierra la definición de una situación reputada por ser evidente, el de definir las consecuencias del acto político mismo de calificación del mundo social y su tendencia a hacer que esta definición se vuelva “real” modificando nuestras miradas. Dice, con razón, un responsable francés de la política de las *banlieues* que: “también son construidas las *banlieues* por las miradas de los que no residen allí”. De tal opción llamada interaccionista nacen los programas de investigación que toman como enfoque central las formas de respuesta desarrolladas por los habitantes de zonas estigmatizadas.

(13) Tema de los recientes artículos de Didier Fassin (1996a; 1996b) y de Wacquant (1996).

Un ejemplo actual de la pertinencia de esta orientación se puede apreciar en Francia (Fassin, 1996a: 69–70). La ausencia hasta hace poco en el debate francés de términos descalificantes para reprobar a las víctimas de la pobreza correspondía a un consenso relativo sobre la determinación eminentemente económica de la situación de pobreza. Ahora la multiplicación de las intervenciones políticas sobre el tema aludiendo a comportamientos individuales responsables de la pobreza (un ministro habló ya de “cultura” referente al conjunto de estos comportamientos...) deja pensar que se está volviendo a concepciones psicologizantes de la pobreza, llegando a la dicotomía clásica entre el pobre respetable y el que no lo es, *Bon/mauvais pauvre, deserving/undeserving poor*, en la geografía simbólica de las sociedades involucradas. Y no es extraño en tal contexto que se adelanten en Francia medidas para cortar la parte del presupuesto público dedicado a ayuda social considerada cada vez más contraproduktiva.

Paradójicamente, nos incitó a acudir a tal ejemplo la casi exclusiva recurrencia de los temas que participan de la representación entusiasta de algunos barrios populares (14). Como argumento subsidiario podría proponerse un análisis de las condiciones de acogida de algunos estudios –entre ellos el de Rodríguez Rabanal– y formular la hipótesis según la cual la acogida de *Cicatrices de la pobreza* revela cierto estado de las posiciones políticas frente al movimiento popular. Siguiendo esa línea, se tendría entonces una reacción severa frente a dicha propuesta, por proyectar ante todo una visión pesimista, de las que ya habían empezado a aparecer (15). Frases inconcebibles desde la perspectiva del «protagonismo popular» son innecesarias: “No hay suficiente conciencia respecto del hecho de que en la raíz de la pobreza y el subdesarrollo hay actitudes regresivas, costumbres a las que no es posible adaptarse resignadamente si realmente se pretende realizar cambios cualitativos” (Rodríguez Rabanal, 1989a: 237); o también: “Un medio social que no permite la disponibilidad emocional de los padres, absorbidos por la lucha por la supervivencia material, no propicia pues el desarrollo de procesos de socialización que supongan trascender los niveles más primitivos de agresión” (Rodríguez Rabanal, 1989b:193). Otra vez, la entrevista que dió el autor a *Travesía* y la reacción que ésta suscitó por parte de Juan Carlos Callirgos (1993) podrían ser vistos como un diálogo de sordos (16). Aunque Manrique (1989: 199) afirma:

“La observación que él formula, sobre la manera cómo el empobrecimiento de crecientes sectores de la población lleva a que ellos agoten sus potencialidades creativas en la lucha por la supervivencia, cuestiona una exitosa elaboración ideológica, que ha alcanzado amplia difusión durante los últimos años: la de los pobres presentados como empresarios informales, quienes, desplegando su capacidad empresarial, estarían construyendo un ‘capitalismo popular’ ” (subrayado nuestro) (17).

(14) Otra vez recurramos a Rochabrún (1995: 641n) quien hace notar la actitud singular de la sociología frente a los actores populares: “alcanzando [ésta] en ocasiones entusiasmos casi delirantes”.

(15) Se encuentra una relación del cambio de perspectiva adoptado en el artículo de Carlos Iván Degregori (1995) y de los estudios más resalantes que los representan. La respuesta a una entrevista de Rodríguez Rabanal en *Travesía* (1993) muestra la determinación casi *ética* del discurso que *se debe de adoptar* en las ciencias sociales.

(16) cf. *Travesía*, 5 y 7.

(17) Véase también Portocarrero, 1991.

Es así que el movimiento popular de este modo jugaría un papel similar al de Billancourt al final de la década de los 60' en Francia. La historia de estos enfoques –que también está por hacer– es rica en ejemplos tales como el “nosotros y ellos” que Guillermo Rochabrún reconoce al escribir sobre el tan polisémico “pueblo”, los estereotipos aristocráticos o populistas acerca de las clases populares revelados por Richard Hoggart, y más recientemente, el concepto falaz de “andinismo” al que Orín Starn atribuye el poder de haber impuesto una visión parcial pero dominante durante cierto tiempo en el subcampo de la antropología andina (Rochabrún, 1992; Hoggart, 1991; Starn, 1992). En todos los casos esta historia mostraría que los fenómenos estudiados, fuertemente cargados de representaciones, pueden constituir otros tantos puntos ciegos, y funcionar como algo “no pensado” dentro de la ciencia social (18).

En el plano de la investigación, este interrogante no se plantea en vano y confirma hasta qué punto son importantes las lógicas en las cuales se insertan los discursos sobre el objeto. De esta manera, ahí donde el etnólogo de las sociedades contemporáneas (pero, en la actualidad ¿puede el sociólogo dejar de lado los mundos simbólicos de los grupos que estudia?) cree haber-descubierto algo de los objetos de una sociedad en vías de extinción, es preciso por el contrario mostrar, como lo convoca Althabe:

a) que estos objetos pertenecen al presente y que, por consiguiente, deben ser analizados en un contexto presente y, sobre todo,

b) que esta etnología se involucra ella misma en las prácticas sociales, transformada en recurso en la producción de identidades colectivas y, en última instancia, escapando a su autor, puesto que depende de una lógica que no se da así misma los medios para analizar pero que, sin embargo, otorga un significado a lo que escribe.

Finalmente, todo lo expuesto viene a ser una invitación a reflexionar sobre la distancia que separa al observador de su objeto. El conjunto de las representaciones –si no se explica lo que tienen de funcional en las estrategias para invertir los estigmas vividos diariamente– puede introducir sesgos importantes en la posición del investigador: en su intento por identificar y construir la comprensión de los fenómenos que surgen en el presente, pero que tendrían sus raíces en tradiciones pasadas (las organizaciones comunitarias por ejemplo), puede recurrir al conjunto conceptual elaborado en las “sociedades exóticas” y aplicar a esta realidad una distancia que no es sino un “artefacto de escaso valor interpretativo” (Althabe, 1992). Al hacer una trasposición de este tipo, el “otro” de las periferias urbanas –problemática aceptada como legítima en el campo de las ciencias sociales en los Estados Unidos y que se está imponiendo en Francia– no es radicalmente “otro”, porque los discursos que lo designan hacen de él una realidad de naturaleza distinta de la de los grupos menos “exóticos” de la sociedad (entiéndase: menos distantes del observador, desde el punto de vista social y económico); es más bien esta distancia –que por otra parte está en la base del objeto sociológico– la que se fija sólo en el discurso. En efecto, la multiplicidad de las pertenencias no se adecúa bien a un método que lleva a encerrar a los individuos en solamente una de ellas y favorece la producción de ese “mundo de ficción”. De este modo procedería, si vale la fórmula –bien francesa– de Michel Giraud (1994), a una suerte de “asignación de residencia

(18) No es el propósito el de desarrollar aquí cada una de estas proposiciones.

identitaria”. El ejemplo de los símbolos contenidos en las celebraciones del 20º aniversario del nacimiento de Villa El Salvador (19) es interesante en este aspecto, ya que ahí pudo observarse una manifestación casi religiosa, con sus celebrantes y su público, rituales que apuntan probablemente a la afirmación de una identidad colectiva alrededor de algunos eventos simbólicos; pero al hacer tal afirmación nada se dice del sentido que toma el ritual para constituir la identidad –sabiendo que “todo ritual es portador, poco o mucho, de un significado de identidad” (Albert, 1990)–. Conviene entonces no reemplazar el análisis por una tipología de los actos rituales que no informan mucho sobre su sentido. Si nos quedamos ahí, las “tribus urbanas” de las periferias de las ciudades francesas, el fútbol como “acto religioso con sus ritos y sus dioses”, son figuras de retórica que no van más allá de simples fórmulas. En el caso que nos interesa es normal el recurso a “creencias re–motivadas”, cuando un dato presente resulta incomprensible si no se le vincula a un elemento pasado, o sólo si la voluntad de apoyarse en este elemento sirve a una estrategia particular de los actores observados. En este sentido, puede ser esclarecedora la interpretación que hacemos de las celebraciones del aniversario mencionado y los usos de la historia de Villa El Salvador a los cuales se presta: un referente común que cada cual puede reconocer (tanto del interior como del exterior) que produce la diferencia de este distrito, de la misma manera que es consecuencia de las muchas acciones realizadas desde el año 1971 y al cual se articulan bastante bien los discursos que “presentan” su singularidad.

Se trataba aquí de poner en evidencia algunos de los riesgos de una interpretación fácil de las supuestas peculiaridades de un distrito (20) y, de ahí, de una identidad colectiva que un conjunto de discursos podía tomar como blanco (la barriada idealizada o despreciada). Estos riesgos son de tres clases, independientemente del hecho de que pueden perfectamente integrarse a la “puesta en imágenes” que el distrito desea promover o que otras instituciones escogieron para él: en primer lugar, para el observador cabe la posibilidad de que se deje encerrar en algunas lógicas que se le escapan pero que, sin embargo, dan un sentido a lo que está haciendo (la producción de las identidades colectivas “transita” en parte por su discurso); en segundo lugar, la utilización de nociones probadas eficazmente en otros contextos no garantiza en absoluto una interpretación válida en este particular terreno; finalmente, y como una observación complementaria, estas nociones pueden revelarse poco explicativas si es que no se define bajo qué condiciones tomarán sentido en un contexto preciso. He ahí donde la propuesta de Althabe cobra todo su sentido:

“se trata entonces de velar por el establecimiento de las relaciones entre los lenguajes simbólicos que se cree observar y los procesos rituales de los lugares donde serán puestos en práctica”.

Añadiremos para finalizar que, en este caso como en otros, al escribir una historia de las herramientas que las ciencias sociales utilizan más comúnmente –es decir, en los términos tantas veces propuestos por Pierre Bourdieu: “tomar como objeto las

(19) Se empezó esta reflexión en 1991.

(20) Y convendremos aquí que estas observaciones, siendo necesarias, sobre todo han orientado el trabajo de campo realizado con el apoyo del IFEA en 1995-1996 y sirven para el procesamiento (en curso) del material recopilado.

herramientas de construcción del objeto”– no se pretende invertir de manera perversa la intención científica, ni tampoco de negar un “principio de realidad” que por tratarse de poblaciones en grandes necesidades se volvería más imperioso para la sociología.

Referencias citadas

- ALBERT, J.-P., 1990 - Comment justifier une interprétation. *in: Vers une ethnologie du présent* (G. Althabe, G. Lenclud & D. Fabre, ed.) : 139–153; Paris : MSH, Cahier 7.
- ALTHABE, G., 1990 - Pour une ethnologie du contemporain. *L'Homme et la Société*, 95–98 : 32–41.
- ALTHABE, G., 1992 - Vers une ethnologie du présent. *in: Vers une ethnologie du présent* (G. Althabe, G. Lenclud, D. Fabre, ed.) : 247–257; Paris : MSH, Cahier 7.
- BOURDIEU, P., 1972 - Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction. *Annales ESC*, 4–5 : 1105–1125.
- BOURDIEU, P., 1980 - L'identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique sur l'idée de région. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 35 : 63–72.
- BOURDIEU, P., 1986 - La force de la représentation. *in: Ce que parler veut dire* : 135–148; Paris : Fayard.
- BOURDIEU, P., 1993 - Comprendre. *in: La misère du monde* (P. Bourdieu ed.) : 903–939 ; Paris : Seuil.
- BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J.-C. & PASSERON, J.-P., 1983[1968] - *Le métier de sociologue* (P. Bourdieu et al.), 357p., Paris : Mouton.
- CALLIRGOS, J.C., 1993 - Miseria y personalidad autoritaria: comentarios a César Rodríguez Rabanal. *Travesía*, 7: 107–111.
- DAVIS, M., 1990 - *City of quartz: excavating the future of Los Angeles*, 462p., New York: Verso.
- DEBARBIEUX, B., 1995 - Le lieu, le territoire et trois figures de rhétorique. *L'Espace géographique*, 2 : 97–112.
- DEGREGORI, C.I., 1993 - Identidad étnica, movimientos sociales y participación política en el Perú. *in: Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*: 113–133; Lima: IFEA–IEP.
- DEGREGORI, C.I., 1995 - El estudio del otro: cambios en los análisis sobre etnicidad en el Perú. *in: Perú 1964-1994. Economía, sociedad y política* (Cotler J. ed.): 303–332; Lima: IEP.
- ECKSTEIN, S., 1979 - On questioning the questionnaire: research experiences. *Latin American Research Review*, 14(2): 141–149.
- ECKSTEIN, S., 1990 - Urbanization revisited: inner-city slum of hope and squatter settlement of despair. *World Development*, 18(2): 165–181.
- ELMORE, P., 1995 - La ciudad enferma: “Lima la horrible”, de Sebastián Salazar Bondy. *in: Mundos interiores: Lima 1850–1950* (A. Panfichi H. & F. Portocarrero S. ed.): 289–313; Lima: Universidad del Pacífico–CIUP.
- FASSIN, D., 1996a - Exclusion, underclass, marginalidad. Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux États-Unis et en Amérique latine. *Revue Française de Sociologie*, 36(2): 37–75.
- FASSIN, D., 1996b - Marginalidad y marginados. La construcción de la pauvreté urbaine en Amérique latine. *in: L'exclusion. L'état des savoirs* (S. Paugam, ed.) : 263–271; Paris : La Découverte.

- FEIJÓO, M., 1990 - La pobreza latinoamericana revisitada. *Nueva Sociedad*, **108** (julio-agosto): 28-36.
- GIRAUD, M., 1987 - Mythes et stratégies de la “double identité”. *L'Homme et la Société*, **83**: 59-67.
- GIRAUD, M., 1994 - Les identités antillaises entre négritude et créolité. *Cahier des Amériques latines*, **17**:141-156.
- GONZÁLES, O., TANAKA GONDO, M., NAUCA, L. & VENTURO, S. 1991 - *Normal no más. Los Jóvenes en el Perú de hoy*, 93p., Lima: IDS-CIDAP-CEDHIP.
- HOGGART, R., 1990 - *La Culture du Pauvre. Etude sur le style de vie des classes populaires en Angleterre* [1era edic. 1970; traducción francesa de *The Uses of Literacy*, Londres: Chatto and Windus, 1957], 420p., París: Minuit.
- MANRIQUE, N., 1989 - Réplica. *Márgenes*, **3(5-6)**: 195-201.
- OFFNER, J.M., 1995 - Effet structurant, optimum dimensionnel. Du mauvais usage politique des mots faussement savants. *Metropolis: Urbanisme, Planification Régionale, Environnement*, **103**: 29-30.
- PANFICHI, A., 1994, Los pobres de las ciudades latinoamericanas: balance y perspectivas teóricas. *Revista de Sociología*, **8(9)**: 85-113.
- PORTOCARRERO, G., 1991 - El psicoanálisis, las ciencias sociales y el mundo popular. in: *Modernidad en los Andes* (Urbano, H. ed.): 161-176; Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- REYNAUD, E., 1982 - Identités collectives et changement social. Les cultures collectives comme dynamique d'action. *Sociologie du travail*, **2**: 159-177.
- REYNAUD, J. D., 1989 - *Les règles du jeu. L'action collective et la régulation sociale*, 256p., París: Armand Colin.
- RIOFRÍO, G., 1990 - El habitat de los sectores populares urbanos: las visiones sobre los pobladores. in: *Demarginales a informales* (Grompone R. ed.): 125-153; Lima: DESCO.
- ROCHABRÚN S., G., 1981 - Para una sociología de la sociología en el Perú. *La Revista*, **5**: 16-20.
- ROCHABRÚN S., G., 1992 - Del mito proletariado al mito popular (Notas sobre el caso peruano). in: *Lo popular en América Latina, ¿una visión en crisis?* (Adrianzén, A., & Ballón, E. ed.): 203-218; Lima: DESCO.
- ROCHABRÚN S., G., 1994 - ¿Crisis de paradigmas, o falta de rigor?. *Debates en Sociología*, **19**: 203-218.
- ROCHABRÚN S., G., 1995, Horizontes y discursos en la sociología peruana. in: *El Perú frente al siglo XXI* (Portocarrero, G., & Valcárcel, M., ed.): 635-648; Lima: PUC.
- RODRÍGUEZ RABANAL, C., 1989a - *Cicatrices de la pobreza*, 240p., Caracas: Nueva Sociedad.
- RODRÍGUEZ RABANAL, C., 1989b - El retorno de lo reprimido. *Márgenes*, **3(5-6)**: 193-194.
- RODRÍGUEZ RABANAL, C., 1992 - Golpe y anomia social: entrevista a César Rodríguez Rabanal. *Travesía*, **5**: 53-68.
- SÁNCHEZ-JANKOWSKI, M., 1991 - *Islands in the streets: Gangs in Urban American Society*, 382p., Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- SEGRESTIN, D., 1980 - Les communautés pertinentes de l'action collective. Canevas pour l'étude des conflits du travail en France. *Revue française de sociologie*, **21(2)**: 171-203.
- STARN, O., 1992 - Antropología andina, “Andinismo”, Sendero Luminoso. *Allpanchis*, **23**: 15-71.
- TANAKA GONDO, M., 1994 - Individualismo metodológico, elección racional, movilización de recursos movimientos sociales: elementos para el análisis. *Debates en Sociología*, **19**: 37-45.
- TOVAR, T. & ZAPATA, A., 1990 - La ciudad mestiza: vecinos y pobladores en el 90. in: *Movimientos sociales: elementos para una relectura*, 111-167; Lima: DESCO.

- WACQUANT, L. J.D., 1994 - Le gang comme prédateur collectif. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 63 : 88-100.
- WACQUANT, L. J.D., 1996 - L'underclass américaine dans l'imaginaire social et scientifique américain. in : *L'exclusion. L'état des savoirs* (S. Paugam, ed.) : 276-292 ; Paris : La Découverte.
- ZAPATA VELASCO, A., 1996 - *Sociedad y poder local. La comunidad de Villa El Salvador, 1971-1996*, 379p., Lima: DESCO.